María no despegó sus labios al pronto. Al fin contestó:

—Comadre, si usted desea saber algo que me concierna, le abriré mi corazon de par en par como á amiga; pero en tocando á cosas de mi señora, perdone usted que calle; porque mis faltas tendré, pero leal soy como el oro, fiel como el peso, y de fiar como el sello.

CAPITULO XVIII.

Algun tiempo despues, en el cuarto de Élia, estaban ésta y la Asistenta sentadas frente á frente, delante de una mesa cubierta de primores que la señora habia mandado comprar para su niña, cuya profunda tristeza se notaba al traves de los profundos esfuerzos que hacía la infeliz para ocultarlo. Élia estaba más hermosa que nunca, porque las primeras lágrimas que derrama una mujer, si bien apagan en sus ojos la abierta y graciosa mirada de la niñez, inauguran en ellos la sentida y elevada ojeada de la juventud; son como el pedal que apaga y suaviza las melodías que brotan del corazon; forman un velo de gasa, que se interpone, sin ocultarla, entre la mujer y los ojos que la miran.

Discutian la Asistenta y María, que estaba sentada sobre una silla baja, el capítulo de la salud.

—Por cierto, María,—decia la Asistenta,—que si le damos á Élia caldo de pollo, como le mandaba D. Narciso, que todo lo cura por empacho, las lia.

—Dice que la dieta acaba con el mal,—observó D. Benigno.

—Y tambien con la persona,—repuso la Asistenta.—Son estos hombres que curan á lo nuevo, como aquel que por matar á una mosca en la frente de su vecino le dió tal mazazo, que le mató á él.

—¡Y á buena parte venian con eso!—dijo María.—¡A mí, que hacía el caldo! Sobre que el que quedaba, al dia siguiente estaba hecho jalea, sin necesitar, para cuajarla, de nieve, como la necesita el Príncipe de las cacerolas de la señora condesa.

—Y ahora que estás restablecida, niña mia,—dijo la Asistenta,—es preciso que vuelvas á estar como lo estabas ántes, alegre y contenta; porque no veo motivo para que te dejes ir á esa tristeza en que estás sumida. ¡Si al ménos me fuera dado atinar con lo que pudiera distraerte!... ¡Ah!—prosiguió, dirigiéndose á D. Benigno.—¿Dónde está aquella carta que llegó cuando la gravedad de la niña, y le dije á usted de guardarla? Ahora que me acuerdo, tráigala usted, que puede le sirva al alma mia de distraccion.

Era preciso ser tan cándida y falta de malicia como lo era la Asistenta, para no apercibirse del embarazo y de la emocion que produjeron sus palabras en las personas que la escuchaban: las tres callaron.

—¿He hablado en griego?—dijo despues de unos instantes la señora.

—Era tal la confusion en aquellos dias,—respondió María, al ver el vivo carmin y la expresion de angustia que se pintó en el rostro de Élia,—que es positivo que perderia D. Benigno la carta.

—¡Don Benigno perder una carta!—exclamó la Asistenta.—¡Vaya una proposicion! ¡De tal cabeza, tal sentencia! ¡Parece que le conoces de ayer de mañana, Maruja! ¿No es verdad que no la ha perdido usted, D. Benigno?

—No señora, no la he perdido,—contestó éste, demasiado honrado y verídico para ayudar á María en su estratagema.

—¿Pues por qué no va usted á buscarla?—preguntó la Asistenta.

—Señora,—contestó D. Benigno perturbado,—temo le sea perjudicial á la niña aplicar la vista á una letra tan confusa que apénas se entiende el sobre.

—Usted se la leerá como me lee á mí las mias,—repuso la Asistenta.

—Pero...—opinó María con una sonrisa que procuraba hacer alegre y chancera, y que más parecia una mueca;—pero, señora, la señorita podrá tener sus secretillos que no quisiera ver descubiertos!

—¡Secretos!... ¡Y para conmigo!—exclamó la Asistenta, mirando á Élia con sorpresa.

Y notando el vivo color de sus mejillas y la alteracion de sus facciones, añadió:

—Bien está. No hablemos más de la carta, ya que contiene secretos.

—¡No, no los quiero tener!—exclamó Élia.—Pesarian á mi conciencia como una culpa; á mi corazon como una ingratitud. D. Benigno,—añadió,—suplico á usted que traiga la carta.

Don Benigno quedó inmóvil y miró á María como el molinero al viento. Esta tiraba de las faldas á Élia, diciéndole á media voz:

—¡No es sazon de eso, Élia! Deja que vuelva; no tienes quien te sostenga.

—Traiga usted la carta, D. Benigno,—dijo en voz grave la Asistenta.—Hace bien Élia en no ocultar nada á su madre, y encuentro extraño por cierto que haya quien de ello quiera disuadirla!

Don Benigno obedeció al punto, y volvió con la carta, que entregó á Élia; ésta, sin abrirla, la puso en manos de su madre.

—¿Sabes, pues, de quién es?—le preguntó ésta.

—No,—respondió Élia;—pero lo sospecho.

La Asistenta abrió la carta, se puso sus espejuelos, y leyó:

«Élia, una voluntad despótica, un deber tiránico, me obligan á partir, sin dejarme áun el triste consuelo de decirte adios, esa dura palabra que precede á la ausencia y á la muerte; sin dejarme renovar con la voz del corazon los juramentos que estampo aquí con mi sangre! Mia has de ser ante el mundo y los hombres, como lo eres ya santamente ante Dios

y los ángeles, desde el dia en que, tomándolos por testigos, puse en tu dedo el anillo de oro, símbolo de la eternidad.

»No te arredren ni perturben reprobaciones que no pueden alcanzarte, que la razon hará impotentes y acallará el tiempo, así como te probará mi amor infinito y mi constancia sin término.

CÁRLOS.»

Imposible es explicar cómo se fueron sucediendo en la móvil fisonomía de la Asistenta, que jamás pudo ni quiso ocultar ninguno de sus sentimientos á medida que iba leyendo la carta, las diversas expresiones de sorpresa, de espanto, de desagrado y de dolor.

Al concluir la carta, escapó ésta de entre sus manos, que cruzó y levantó al cielo, dejándolas caer en seguida sobre sus rodillas al echarse atras en su butaca exclamando:

—¡Jesus María!

Siguió á esto un grande silencio, que nadie se atrevió á interrumpir, pues estaba la señora tan absorta en sus reflexiones, que ni notaba los desgarradores sollozos de Élia.

Gruesas lágrimas caian por las escuálidas mejillas de María, que miraba á su hija querida con una expresion de amor y lástima tal, que en ellas parecia fundirse su alma. D. Benigno fijaba la vista en su señora con ansiedad y angustia.

—¡Con que por eso fué!...—dijo despues de este largo silencio la Asistenta.

Y en seguida calló.

Pero Élia, que la habia comprendido, acabó la frase.

—Sí,—dijo,—por eso fué que la marquesa vino, como debió hacerlo, á desengañarme, é impedir que mi ignorancia abusase del cariño y desprendimiento de su hijo; y fué delicadeza de su proceder, el poner el *no* que debia volver las cosas á su lugar, en la boca que al pronunciarlo no ajaba á la persona que lo recibia. Ya veis, madre mia, que hizo lo que competia á la buena y noble madre de Cárlos, y á la señora generosa que se interesaba por mí. Así es que vuestra queja hácia ella sólo puede fundarse en haber ignorado las causas de su proceder. ¡Si supiéseis, madre mia, cuál es mi dolor y mi remordimiento al ver desunida por mi causa á la noble familia que amo y venero, á la que tanto debo! ¡Oh, madre!... ¡Oh, señora!—añadió, echándose á sus rodillas.—Os suplico, como suplicaria á Dios por la gloria, que os reconcilieis con vuestra hermana. No sea yo como la serpiente que amparó el generoso leñador, y vierta cual ella veneno en el pecho que la abrigó. Haga vuestro corazon justicia al de la digna madre que vela sobre la honra de su casa y de su estirpe ahora, como veló sobre la cuna de sus hijos, apartando siempre peligros que no veian los ojos que entónces cerraba el sueño, y que ahora ciegala pasion. Perdonad á su justo recelo: si tuve yo el baldon de la enemistad, tenga el lauro de la reconciliacion.

—¡No!—respondió la Asistenta.—Perdono el mal que se me hace, pero no perdono el que se hace á las personas que quiero. Disculpo todo, ménos la dureza de corazon. Sin consultarme... contra toda mi voluntad... vendió un secreto que no era suyo. Y despues de ponerte á las puertas del sepulcro, no se ha movido ni su corazon ni su conciencia siquiera á informarse de tí. Esto no es sólo una falta á mí, es una falta de caridad; ¡y la caridad es la llave del cielo! Levanta, hija mia,—añadió, asiéndola de las manos,—y no vuelvas á tocar á este punto, si no quieres incomodarme; en la inteligencia de que miéntras más humilde, más desprendida, más dulce te veo, más dura, más egoista me parece ella: así logras lo opuesto de lo que pretendes.

Volvióse á sumir despues de haber dicho estas palabras la Asistenta en sus dolorosas meditaciones.

Eran éstas amargas.

—¡Y yo que nada he notado!—se decia.—¡Es imperdonable! ¡Ciega! ¡ciega, como el dia que nací! ¡Un Orrea, un descendiente del rey D. Pedro! ¡No puede ser! ¡Oh! ¡Dios sabe si tendria Ines razon!... ¡Si habria sido la hija mia más feliz en su convento! ¡Si la habré labrado su desgracia! ¿Es, pues, posible que el bien haga un mal? ¿Que dañen la bondad por demasía, el cariño por exceso?

Estos dilemas tenian confusa y absorta á la Asistenta.

—Don Benigno,—dijo al fin,—usted que ha estudiado, explíqueme en qué consiste que las gentes que se guian por la prudencia y la razon atinan por lo regular mejor en hacer el bien, que no aquellas que se dejan guiar ciegamente por su corazon.

—Señora,—contestó D. Benigno,—en mis estudios, que no fueron muchos, no me acuerdo haber hallado nada que esto explique; pero á mi corto entender, paréceme que es porque la esfera de la prudencia es el mundo y la del corazon es el cielo, y porque, como dice el Evangelio, no se puede servir á la vez á dos amos.

CAPITULO XIX.

El conocimiento que adquirió la Asistenta de la mutua pasion de los dos séres que más amaba en este mundo, habia sido un golpe terrible para ella. Resultaba del incesante combate que sostenian su cariño y su razon, así como de la amarga inquietud que le causaba la idea de que su imprevision habia dado márgen á esta desgracia que hubiese podido evitar, atendiendo á los prudentes consejos de su hermana, una perenne lucha en el ánimo, hasta allí tan tranquilo de la señora; un incesante malestar que gastaba sus fuerzas morales; á lo que se agregaba el vacío que sentia en su corazon y en su vida, con la separacion en que vivia de toda su familia, pues Clara habia ido á Cádiz á tomar los baños de mar. Influyó este estado de sufrimiento en su salud.

En vano engordaba Pedro pavos con nueces; en